

EL SACERDOTE Y LA PALABRA DE DIOS

Reflexiones a la luz de la exhortación

«Verbum Domini»

CARLOS BOULANGER LIMONCHY¹

DOI: <https://doi.org/10.52039/seminarios.v57i199-200.357>

La exhortación apostólica *Verbum Domini*, como señala el papa Benedicto XVI, tiene como objetivo «indicar algunas líneas fundamentales para revalorizar la Palabra divina en la vida de la Iglesia, fuente de constante renovación, deseando al mismo tiempo que ella sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial»².

En este trabajo se presentará la enseñanza que extraemos de esta exhortación sobre el sacerdote y su relación con la Palabra de Dios. La exhortación apostólica está dividida en tres grandes secciones. En la segunda parte, titulada *Verbum in Ecclesia*, es donde encontramos de modo más explícito la exposición sobre la Palabra de Dios y el sacerdote (n. 80). Este número está compuesto de dos citas de intervenciones pontificias. La primera de ellas está tomada de la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis* del papa Juan Pablo II, y la segunda cita es de la homilía en la Misa Crismal del año sacerdotal 2009 del papa Benedicto XVI. Por otra parte, a lo largo de todo el documento hay una referencia constante al sacerdote y a la actividad pastoral, que también pueden iluminarnos sobre el vínculo entre el ministro ordenado y la Palabra de Dios. Junto a esto, tenemos que la exhortación aborda el tema del anuncio de la Palabra, labor que atañe a todos los fieles, pero que es una misión propia del sacerdote.

«El sacerdote es, ante todo, *ministro de la Palabra de Dios*»³. Esta rotunda afirmación de Juan Pablo II que retoma el papa Benedicto XVI constituye la idea central sobre el sacerdote que se expone en este documento postsinodal. Presentaremos diversos temas que se suscitan a partir de esta frase, y los iremos comentando a lo largo de esta reflexión. El texto de la llamada y la institución de los Doce en el evangelio de Marcos (3, 13-15) nos ayudará en este camino.

1. Sacerdote operario diocesano. Licenciado en Sagrada Escritura. Rector del Colegio Venezolano en Roma para sacerdotes. Miembro del Consejo de dirección de la Hermandad de Sacerdotes Operarios Diocesanos.

2. BENEDICTO XVI, Exhort. Apost. *Verbum Domini* (30 septiembre 2010), 1.

3. JUAN PABLO II, Exhort. Apost. *Pastores dabo vobis* (25 marzo 1992), 26, citado por BENEDICTO XVI en *Verbum Domini*, 80.

1. EL SACERDOTE, MINISTRO QUE SURGE DESDE LA PALABRA DE DIOS

«Subió al monte y llamó a los que él quiso; y vinieron junto a él. Instituyó Doce...» (Mc 3, 13-14)

El inicio de toda auténtica vocación cristiana surge y se consolida a través del encuentro con Dios que llama. La persona humana en contacto con el Dios que lo ha creado y que le proporciona la vida halla el sentido de su existencia y descubre la misión a la que el mismo Dios le invita. Toda vocación nace de un encuentro con Alguien que llama, la Biblia nos presenta esta gratuita iniciativa de Dios en los diversos relatos vocacionales: Abraham (Gn 12, 1-9), Moisés (Ex 3, 4ss.), Gedeón (Jue 6, 11-24), Samuel (1 Sm 3, 1-21), Isaías (Is 6, 1-13), Jeremías (Jr 1, 4-19), los apóstoles (Mc Lc 5, 1-11; Jn 1, 35-51), Pablo (Hch 9, 1-19), entre otros. Esta llamada a un estado de vida va indisolublemente unida a una misión en el pueblo de Dios, a una vocación particular. El Papa Benedicto XVI al hablar sobre el tema de las vocaciones y la Palabra expone lo siguiente:

El Sínodo, al destacar la exigencia intrínseca de la fe de profundizar la relación con Cristo, Palabra de Dios entre nosotros, ha querido también poner de relieve el hecho de que esta Palabra llama a cada uno personalmente, manifestando así que la vida misma es vocación en relación con Dios. Esto quiere decir que, cuanto más ahondemos en nuestra relación personal con el Señor Jesús, tanto más nos daremos cuenta de que Él nos llama a la santidad mediante opciones definitivas, con las cuales nuestra vida corresponde a su amor, asumiendo tareas y ministerios para edificar la Iglesia. En esta perspectiva, se entiende la invitación del Sínodo a todos los cristianos para que profundicen su relación con la Palabra de Dios en cuanto bautizados, pero también en cuanto llamados a vivir según los diversos estados de vida⁴.

La profundización en la relación con la Palabra de Dios nos ayuda a descubrir qué quiere el Señor con nuestras vidas. Es, en definitiva, la relación con Dios lo que da sentido a la existencia. Dios se nos revela a través de la creación y de la historia de la salvación, Dios se nos manifiesta a través de la Sagrada Escritura y de la Tradición viva de la Iglesia, Dios nos habla a través de nuestra propia historia, pero sobre todo Dios sale a nuestro encuentro a través de Jesucristo, la Palabra hecha carne (cf. Jn 1, 14)⁵.

Por ello es importante en toda pastoral vocacional propiciar el encuentro con el Señor, y de un modo privilegiado con las Sagradas Escrituras. El papa Juan Pablo II nos lo recordó en la exhortación *Pastores dabo vobis*:

En efecto, la oración cristiana, alimentándose de la Palabra de Dios, crea el espacio ideal para que cada uno pueda descubrir la verdad de su ser y la identidad del proyecto de vida, personal e irrepetible, que el Padre le confía. Por eso es necesario

4. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 77.

5. Cf. *Ibidem*, 7.

El sacerdote y la Palabra de Dios

educar, especialmente a los muchachos y a los jóvenes, para que sean fieles a la oración y meditación de la Palabra de Dios. En el silencio y en la escucha podrán percibir la llamada del Señor al sacerdocio y seguirla con prontitud y generosidad⁶.

Toda vocación específica, y por consiguiente, la vocación sacerdotal, requiere para su fundamento inicial el encuentro con Jesucristo. Esto se subraya en el documento final de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe:

Una auténtica propuesta de encuentro con Jesucristo debe establecerse sobre el sólido fundamento de la Trinidad-Amor. La experiencia de un Dios uno y trino, que es unidad y comunión inseparable, nos permite superar el egoísmo para encontrarnos plenamente en el servicio al otro. La experiencia bautismal es el punto de inicio de toda espiritualidad cristiana que se funda en la Trinidad...

Encontramos a Jesús en la Sagrada Escritura, leída en la Iglesia. La Sagrada Escritura, «Palabra de Dios escrita por inspiración del Espíritu Santo», es, con la Tradición, fuente de vida para la Iglesia y alma de su acción evangelizadora. Desconocer la Escritura es desconocer a Jesucristo y renunciar a anunciarlo⁷.

Todo camino de espiritualidad cristiana, especialmente entre los jóvenes, debe desembocar necesariamente en la toma de conciencia de la propia vocación a la que Dios llama. De lo contrario se corre el riesgo de presentar de un modo reducido el camino de Jesucristo y degradar las exigencias que implica su seguimiento. La pastoral vocacional debe propiciar el encuentro con la Palabra, a fin de que sea personalizada⁸ y asumida como un verdadero conocimiento de Dios. Por tanto, la escucha y la interiorización de la Palabra que encontramos en las Sagradas Escrituras juega un papel insustituible en el descubrimiento de la vocación particular a la que nos elige Dios. La Palabra de Dios es indispensable para conocer lo que el Señor quiere de nuestras vidas y comprender la historia personal⁹. Estas ideas las presenta el Papa en el documento que estudiamos:

Es preciso que se presente la divina Palabra también con sus implicaciones vocacionales, para ayudar y orientar así a los jóvenes en sus opciones de vida, incluida la de una consagración total. Auténticas vocaciones a la vida consagrada y al sa-

6. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 38.

7. V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DE EL CARIBE, Documento Final, *Aparecida*, (2007), 240.247.

8. Cf. J. GARRIDO, *Proceso humano y Gracia de Dios*, Santander 1996, 604-605.

9. «La Palabra de Dios tiene una capacidad de *discernimiento* que otras palabras no tienen. Es palabra lúcida y sincera. Se lee en la Carta a los Hebreos (4, 12): «Ciertamente, es viva la Palabra de Dios y eficaz, y más cortante que espada alguna de dos filos. Penetra hasta las fronteras entre el alma y el espíritu, hasta las juntas y médulas; y discierne los sentimientos y pensamientos del corazón». Las palabras de los hombres dicen lo que quieren, no siempre tienen el coraje de la verdad. [...] No se pueden discernir los signos de Dios, ni en la propia vida ni en la propia historia, sin la luz de su Palabra», cf. B. MAGGIONI, *Il prete uomo della Parola*, Asís 2010, 15-16.

cerdocio encuentran terreno propicio en el contacto fiel con la Palabra de Dios. Repito también hoy la invitación que hice al comienzo de mi pontificado de abrir las puertas a Cristo: «Quien deja entrar a Cristo no pierde nada, nada –absolutamente nada– de lo que hace la vida libre, bella y grande. ¡No! Sólo con esta amistad se abren las puertas de la vida. Sólo con esta amistad se abren realmente las grandes potencialidades de la condición humana... Queridos jóvenes: ¡No tengáis miedo de Cristo! Él no quita nada, y lo da todo. Quien se da a él, recibe el ciento por uno. Sí, abrid, abrid de par en par las puertas a Cristo, y encontraréis la verdadera vida¹⁰.

No debemos confundir esta relación con la Palabra en subjetivismo o evasión de la realidad, todo lo contrario, la Palabra de Dios, escuchada en la Iglesia, nos llama al encuentro con Dios y con los demás. Un reto actual en nuestra pastoral vocacional es ayudar a los jóvenes a encontrarse con Jesucristo a través de las Sagradas Escrituras y de enseñar a orar y a leer la propia historia a la luz de la revelación divina para que puedan responder a lo que el Señor espera de ellos¹¹.

2. EL SACERDOTE, MINISTRO QUE PERMANECE EN LA PALABRA DE DIOS

«... para que estuvieran con Él» (Mc 3, 14)

El sacerdote como ministro de la Palabra de Dios también puede entenderse como aquel que pertenece y permanece en la Palabra. Señala el papa Benedicto XVI:

Dirigiéndome ahora en primer lugar a los ministros ordenados de la Iglesia, les recuerdo lo que el Sínodo ha afirmado: «La Palabra de Dios es indispensable para formar el corazón de un buen pastor, ministro de la Palabra». Los obispos, presbíteros y diáconos no pueden pensar de ningún modo en vivir su vocación y misión sin un compromiso decidido y renovado de santificación, que tiene en el contacto con la Biblia uno de sus pilares¹².

Más adelante, el papa utiliza la imagen de la inmersión, como un modo de ilustrar la relación del sacerdote con la Palabra de Dios. En la segunda parte del numeral 80 de la exhortación *Verbum Domini* el papa Benedicto XVI recuerda lo expresado durante la homilía de la Misa Crismal del año 2009:

En definitiva, la llamada al sacerdocio requiere ser consagrados «en la verdad». Jesús mismo formula esta exigencia respecto a sus discípulos: «Santificalos en la verdad. Tu Palabra es verdad. Como tú me enviaste al mundo, así los envío yo

10. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 104.

11. Cf. G. CICHESE, «Escucha», E. BORILE-alt., *Diccionario de Pastoral Vocacional*, Salamanca 2005, 415-421.

12. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 78.

también al mundo» (Jn 17, 17-18). Los discípulos son en cierto sentido «sumergidos en lo íntimo de Dios mediante su inmersión en la Palabra de Dios. La Palabra de Dios es, por decirlo así, el baño que los purifica, el poder creador que los transforma en el ser de Dios». Y, puesto que Cristo mismo es la Palabra de Dios hecha carne (Jn1, 14), es «la Verdad» (Jn14, 6), la plegaria de Jesús al Padre, «santifícalos en la verdad», quiere decir en el sentido más profundo: «Hazlos una sola cosa conmigo, Cristo. Sujétalos a mí. Ponlos dentro de mí. Y, en efecto, en último término hay un único sacerdote de la Nueva Alianza, Jesucristo mismo». Es necesario, por tanto, que los sacerdotes renueven cada vez más profundamente la conciencia de esta realidad¹³.

Durante la Misa Crismal del año dedicado al sacerdocio, el Papa Benedicto XVI explicitó el significado de la expresión «consagración en la verdad»:

Por tanto, consagrar algo o alguno significa dar en propiedad a Dios algo o alguien, sacarlo del ámbito de lo que es nuestro e introducirlo en su ambiente, de modo que ya no pertenezca a lo nuestro, sino enteramente a Dios. Consagración es, pues, un sacar del mundo y un entregar al Dios vivo. La cosa o la persona ya no nos pertenece, ni pertenece a sí misma, sino que está inmersa en Dios¹⁴.

De esta manera, pudiéramos afirmar que el sacerdote, ministro de la Palabra de Dios, está llamado a dejarse apropiar por ella, que en definitiva es una forma de configurarse vitalmente con Cristo y de asemejarse a Él. Ya en el decreto sobre la vida y ministerio de los presbíteros del Concilio Vaticano II se expresaba de este modo la relación del presbítero con la Palabra:

Por ser ministros de la palabra de Dios, leen y escuchan diariamente la palabra divina que deben enseñar a otros; y si al mismo tiempo procuran recibirla en sí mismos, irán haciéndose discípulos del Señor cada vez más perfectos, según las palabras del apóstol Pablo a Timoteo: «Esta sea tu ocupación, éste tu estudio: de manera que tu aprovechamiento sea a todos manifiesto. Vela sobre ti, atiende a la enseñanza: insiste en ella. Haciéndolo así te salvarás a ti mismo y a los que te escuchan» (1 Tim 4, 15-16)¹⁵.

La recepción en el corazón del sacerdote de la Palabra de Dios es un imperativo que nace de la propia vocación sacerdotal. La Palabra de Dios no puede ser algo externo al sacerdote, ni puede ser considerada sólo como una herramienta para ejercer el ministerio que se abandona luego de ser utilizada. Para el sacerdote el encuentro con la Palabra ha de ser el encuentro vivo con Jesucristo, Verbo encarnado. Una Palabra que configura y custodia al sacerdote. Tal como lo dice san Pablo en el discurso de despedida a los presbíteros de Éfeso. En el libro de los Hechos de los Apóstoles, se narra cómo Pablo se dirige a los

13. *Ibidem*, 80.

14. BENEDICTO XVI, *Homilía en la Misa Crismal* (9 abril 2009).

15. CONCILIO VATICANO II, Decreto *Presbyterorum Ordinis*, 13.

presbíteros de la comunidad utilizando una expresión que indica de qué modo la Palabra nos ayuda a unirnos a Dios. «Ahora os encomiendo a Dios y a la palabra de su gracia» (Hch 20, 32). Los que deben cuidar la grey y pastorear la Iglesia de Dios (cf. Hch 20, 28) son encomendados a Dios y a su Palabra; aquellos que deben anunciar el evangelio y predicar la Palabra sorprendentemente son confiados a la misma Palabra que salva y edifica¹⁶. Inmerso en la Palabra el presbítero se vincula a Jesucristo y por lo tanto se hace uno con Él, asumiendo sus sentimientos, sus criterios y su conducta.

Por eso, el sacerdote mismo debe ser el primero en cultivar una gran familiaridad personal con la Palabra de Dios: «no le basta conocer su aspecto lingüístico o exegético, que es también necesario; necesita acercarse a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en sus pensamientos y sentimientos y engendre dentro de sí una mentalidad nueva: «la mente de Cristo (1 Cor 2, 16)». Consiguientemente, sus palabras, sus decisiones y sus actitudes han de ser cada vez más una transparencia, un anuncio y un testimonio del Evangelio; «solamente ‘permaneciendo’ en la Palabra, el sacerdote será perfecto discípulo del Señor; conocerá la verdad y será verdaderamente libre»¹⁷.

2.1. La escucha de la Palabra

La relación del presbítero con la Palabra nace de la atenta escucha. Antes de predicar y de anunciar, se debe acoger la Palabra. La escucha es el primer medio para vincularse con esta Palabra, para acercarse a las Sagradas Escrituras. «La escucha de la Palabra de Dios nos lleva sobre todo a valorar la exigencia de vivir de acuerdo con esta ley ‘escrita en el corazón’ (cf. Rm 2, 15; 7, 23)»¹⁸. La escucha, en sentido bíblico, no se reduce a prestarle un oído atento, o a leer con atención. Significa sobre todo, acoger la Palabra en el interior, profundizando e interiorizando su mensaje a través de la contemplación (cf. 1J n 1, 1-4). «En el cristianismo, también «la fe nace de la escucha» (Rom 10, 17) y exige una obediencia que es fidelidad a lo que se ha escuchado y acogido (cf. Rom 1, 5; 10, 14ss). Por eso es indispensable un proceso de *interiorización de la Palabra* por el que uno se convierte en *instrumento* de la Palabra»¹⁹. Señala el Papa:

La Esposa de Cristo, maestra también hoy en la escucha, repite con fe: «Habla, Señor, que tu Iglesia te escucha». Por eso, la Constitución dogmática Dei Verbum comienza diciendo: «La Palabra de Dios la escucha con devoción y la proclama con valentía el santo Concilio». En efecto, se trata de una definición dinámica de la vida de la Iglesia: «Son palabras con las que el Concilio indica un aspecto que distingue

16. Cf. BIANCHI, E., *A los presbíteros*, Salamanca 2005, 23.

17. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 80.

18. *Ibidem*, 9.

19. G. CICHESE, «Escucha», E. BORILE-alt., *Diccionario de Pastoral Vocacional*, Salamanca 2005, 419.

a la Iglesia. La Iglesia no vive de sí misma, sino del Evangelio, y en el Evangelio encuentra siempre de nuevo orientación para su camino. Es una consideración que todo cristiano debe hacer y aplicarse a sí mismo: sólo quien se pone primero a la escucha de la Palabra, puede convertirse después en su heraldo». En la Palabra de Dios proclamada y escuchada, y en los sacramentos, Jesús dice hoy, aquí y ahora, a cada uno: «Yo soy tuyo, me entrego a ti», para que el hombre pueda recibir y responder, y decir a su vez: «Yo soy tuyo». La Iglesia aparece así en ese ámbito en que, por gracia, podemos experimentar lo que dice el Prólogo de Juan: «Pero a cuantos la recibieron, les da poder para ser hijos de Dios» (Jn 1, 12)²⁰.

Como todo creyente, también el sacerdote está llamado a discernir su existencia a la luz de lo que Dios le manifiesta. En la escucha de la Palabra de Dios, el sacerdote va conformando su corazón a Jesucristo:

Cada hombre se presenta como el destinatario de la Palabra, interpelado y llamado a entrar en este diálogo de amor mediante su respuesta libre. Dios nos ha hecho a cada uno capaces de *escuchar y responder* a la Palabra divina. El hombre ha sido creado en la Palabra y vive en ella; no se entiende a sí mismo si no se abre a este diálogo. La Palabra de Dios revela la naturaleza filial y relacional de nuestra vida. Estamos verdaderamente llamados por gracia a conformarnos con Cristo, el Hijo del Padre, y a ser transformados en Él²¹.

Participe de la fragilidad humana, el ministro ordenado corre el peligro de cerrarse al Dios que le sale al encuentro por medio de su Palabra²². Ya en el Prólogo de Juan se señala el rechazo a Jesucristo, la Palabra hecha carne: «La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre, viniendo a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la conoció. Vino a los suyos y los suyos no la recibieron» (Jn 1, 9-11). El papa Benedicto XVI subraya de tal manera la importancia de la escucha de la Palabra, que describe el pecado como *falta de escucha* a la Palabra de Dios.

La Palabra de Dios revela también inevitablemente la posibilidad dramática por parte de la libertad del hombre de sustraerse a este diálogo de alianza con

20. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 51.

21. *Ibidem*, 22. A. Bravo, al referirse a la relación presbítero- Palabra también subrayó la importancia de la escucha: «Para que se realice esta *escucha por dentro*», exigencia radical del ministerio, el discípulo ha de dejarse seducir por la verdad de Dios. Para permanecer en Cristo, hay que dejar que sus palabras permanezcan con nosotros (cf. Jn 15, 5-7): Se olvida con frecuencia lo que decía Jesús a los judíos que habían creído en él: «Si os mantenéis fieles a mi Palabra, seréis verdaderamente mis discípulos y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8, 31-32). La escucha asidua de la Palabra de Dios es, por tanto, comunión con Jesús, acogida de la fuerza de Dios, obediencia que nos hace caminar de fe en fe (cf. Rom 1, 16-17). Por la escucha del corazón y la inteligencia de la fe, el discípulo avanza adecuando su vida al designio de Dios, sin desvirtuar la Cruz de Cristo», cf. A. BRAVO, «La Palabra de Dios en la vida del sacerdote», en COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad Sacerdotal. Congreso*, Madrid 1989, 308.

22. Cf. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 50.

Dios, para el que hemos sido creados. La Palabra divina, en efecto, desvela también el pecado que habita en el corazón del hombre. Con mucha frecuencia, tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento, encontramos la descripción del pecado como un no prestar oído a la Palabra, como ruptura de la Alianza y, por tanto, como la cerrazón frente a Dios que llama a la comunión con él. En efecto, la Sagrada Escritura nos muestra que el pecado del hombre es esencialmente desobediencia y «no escuchar» ... Por eso, es importante educar a los fieles para que reconozcan la raíz del pecado en la negativa a escuchar la Palabra del Señor, y a que acojan en Jesús, Verbo de Dios, el perdón que nos abre a la salvación²³.

2.2. Medios para la escucha de la Palabra

Luego de haber expuesto la importancia y la necesidad de la escucha de la Palabra en el sacerdote, presentaremos algunos medios que se exponen en la exhortación apostólica postsinodal *Verbum Domini* sobre cómo realizar esta escucha y cómo el sacerdote puede apropiarse de la Palabra. La exhortación nos señala que a través de la *lectio divina*, de la liturgia, del silencio, de la contemplación de la vida de María y de los santos y por medio del estudio, el sacerdote encuentra y escucha la Palabra de Dios.

a) *Lectio divina*

El Papa retoma la enseñanza de la tradición espiritual de la Iglesia exhortando, a ejemplo de los santos, a la lectura orante de las Sagradas Escrituras.

Junto a los Padres sinodales, expreso el vivo deseo de que florezca «una nueva etapa de mayor amor a la Sagrada Escritura por parte de todos los miembros del Pueblo de Dios, de manera que, mediante su lectura orante y fiel a lo largo del tiempo, se profundice la relación con la persona misma de Jesús» [...]

No faltan en la historia de la Iglesia recomendaciones por parte de los santos sobre la necesidad de conocer la Escritura para crecer en el amor de Cristo. ... Vale también para nosotros lo que san Jerónimo escribió al sacerdote Nepoziano: «Lee con mucha frecuencia las divinas Escrituras; más aún, que nunca dejes de tener el Libro santo en tus manos. Aprende aquí lo que tú tienes que enseñar»²⁴.

El Papa recomienda la *lectio divina*, la lectura orante y cotidiana de la Sagrada Escritura, como un método particular para el acercamiento a la Palabra. Ya el Concilio Vaticano II había señalado la *lectio divina* como un recurso para el fomento de la vida espiritual de los presbíteros: «A la luz de la fe, nutrida con la lectio divina, pueden buscar cuidadosamente las señales de la voluntad divina y

23. *Ibidem*, 26.

24. *Ibidem*, 72.

los impulsos de su gracia en los varios aconteceres de la vida, y hacerse, con ello, más dóciles cada día para su misión recibida en el Espíritu Santo»²⁵. También el papa Juan Pablo II en diversas ocasiones animó a la lectura orante de la Palabra. En la exhortación *Pastores dabo vobis* afirma que la *lectio divina* es un elemento esencial en la espiritualidad²⁶. En la carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, con la que inauguró el magisterio pontificio para el tercer milenio, el papa Juan Pablo II invita a todos los cristianos a practicar la *lectio divina*, invitación que se aplica de modo más urgente a los presbíteros: «Es necesario, en particular, que la escucha de la Palabra se convierta en un encuentro vital, en la antigua y siempre válida tradición de la lectio divina, que permite encontrar en el texto bíblico la palabra viva que interpela, orienta y modela la existencia»²⁷.

El papa Benedicto XVI recoge en el documento de nuestro estudio esta enseñanza del magisterio conciliar y del magisterio pontificio, que proviene de la rica tradición espiritual de la Iglesia:

El Sínodo ha vuelto a insistir más de una vez en la exigencia de un acercamiento orante al texto sagrado como factor fundamental de la vida espiritual de todo creyente, en los diferentes ministerios y estados de vida, con particular referencia a la *lectio divina*. [...]

En los documentos que han preparado y acompañado el Sínodo, se ha hablado de muchos métodos para acercarse a las Sagradas Escrituras con fruto y en la fe. Sin embargo, se ha prestado una mayor atención a la *lectio divina*, que es verdaderamente «capaz de abrir al fiel no sólo el tesoro de la Palabra de Dios sino también de crear el encuentro con Cristo, Palabra divina y viviente»²⁸.

Esta lectura creyente de la Escritura no puede considerarse ni subjetivista ni individualista. En diversas partes del documento, el Papa señala repetidamente que la Sagrada Escritura ha de leerse en la Iglesia y con la Iglesia (cf. nn. 7.16.18.19.29-41.72.86.121). Presentamos aquí algunos de los textos más significativos al respecto:

Por consiguiente, ya que «la Escritura se ha de leer e interpretar con el mismo Espíritu con que fue escrita», es necesario que los exegetas, teólogos y todo el Pueblo de Dios se acerquen a ella según lo que ella realmente es, Palabra de Dios que se nos comunica a través de palabras humanas (cf. 1 Tes 2, 13). Éste es un dato constante e implícito en la Biblia misma: «Ninguna predicción de la Escritura está a merced de interpretaciones personales; porque ninguna predicción antigua aconteció por designio humano; hombres como eran, hablaron de parte de Dios» (2 Pe 1, 20-21). Por otra parte, es precisamente la fe de la Iglesia quien reconoce

25. Cf. CONCILIO VATICANO II, *Presbyterorum Ordinis*, 18.

26. Cf. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 47.

27. JUAN PABLO II, Carta Apost. *Novo Millennio Ineunte* (6 enero 2001) 39.

28. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 86.87. Es notorio que en este número 87 se describan los pasos fundamentales para realizar la lectio divina; así se muestra la importancia que el Papa le concede a este método de lectura de las Sagradas Escrituras.

en la Biblia la Palabra de Dios; como dice admirablemente san Agustín: «No creería en el Evangelio si no me moviera la autoridad de la Iglesia católica». Es el Espíritu Santo, que anima la vida de la Iglesia, quien hace posible la interpretación auténtica de las Escrituras. La Biblia es el libro de la Iglesia, y su verdadera hermenéutica brota de su inmanencia en la vida eclesial.

San Jerónimo recuerda que nunca podemos leer solos la Escritura. Encontramos demasiadas puertas cerradas y caemos fácilmente en el error. La Biblia ha sido escrita por el Pueblo de Dios y para el Pueblo de Dios, bajo la inspiración del Espíritu Santo. Sólo en esta comunión con el Pueblo de Dios podemos entrar realmente, con el «nosotros», en el núcleo de la verdad que Dios mismo quiere comunicarnos. El gran estudioso, para el cual «quien no conoce las Escrituras no conoce a Cristo», sostiene que la eclesialidad de la interpretación bíblica no es una exigencia impuesta desde el exterior; el Libro es precisamente la voz del Pueblo de Dios peregrino, y sólo en la fe de este Pueblo estamos, por decirlo así, en la tonalidad adecuada para entender la Escritura. Una auténtica interpretación de la Biblia ha de concordar siempre armónicamente con la fe de la Iglesia católica. San Jerónimo se dirigía a un sacerdote de la siguiente manera: «Permanece firmemente unido a la doctrina tradicional que se te ha enseñado, para que puedas exhortar de acuerdo con la sana doctrina y rebatir a aquellos que la contradicen».[...]

A este propósito, no obstante, se ha de evitar el riesgo de un acercamiento individualista, teniendo presente que la Palabra de Dios se nos da precisamente para construir comunión, para unirnos en la Verdad en nuestro camino hacia Dios. Es una Palabra que se dirige personalmente a cada uno, pero también es una Palabra que construye comunidad, que construye la Iglesia. Por tanto, hemos de acercarnos al texto sagrado en la comunión eclesial. En efecto, «es muy importante la lectura comunitaria, porque el sujeto vivo de la Sagrada Escritura es el Pueblo de Dios, es la Iglesia [...] Así pues, se trata siempre de una Palabra viva en el sujeto vivo. Por eso, es importante leer la Sagrada Escritura y escuchar la Sagrada Escritura en la comunión de la Iglesia, es decir, con todos los grandes testigos de esta Palabra, desde los primeros Padres hasta los santos de hoy, hasta el Magisterio de hoy.

Nunca olvidemos que el fundamento de toda espiritualidad cristiana auténtica y viva es la Palabra de Dios anunciada, acogida, celebrada y meditada en la Iglesia²⁹.

En el documento también se señala que además del individualismo, se debe evitar otro error al acercarse a las Sagradas Escrituras y que se presenta como fuente de consecuencias funestas: la lectura fundamentalista.

Quisiera llamar la atención particularmente sobre aquellas lecturas que no respetan el texto sagrado en su verdadera naturaleza, promoviendo interpretaciones subjetivas y arbitrarias. En efecto, el «literalismo» propugnado por la lectura fundamentalista, representa en realidad una traición, tanto del sentido literal como espiritual, abriendo el camino a instrumentalizaciones de diversa índole, como, por ejemplo, la difusión de interpretaciones antieclesiales de las mismas Escrituras³⁰.

29. *Ibidem*, 29-30.87.121.

30. *Ibidem*, 44.

Luego, más adelante en el mismo párrafo señala que la respuesta apropiada para evitar esta interpretación fundamentalista es la de una «*lectura creyente de la Sagrada Escritura*»³¹. Esta lectura debemos entenderla como el acercamiento a la Escritura con la fe en Dios que me habla.

b) *Palabra de Dios y Liturgia*

La Palabra de Dios tiene su resonancia propia y su espacio en la sagrada liturgia. Recordemos que el Concilio Vaticano II nos enseña que la acción litúrgica es la acción privilegiada de la Iglesia, por ser la acción del propio Jesucristo, sumo y eterno sacerdote:

Para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa. [...] Está presente con su fuerza en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza. Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: «Donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos» (Mt., 18, 20). [...] Con razón, pues, se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo³².

Por ello, para el sacerdote al vivir la liturgia de un modo consciente y piadoso, encuentra en la celebración un momento privilegiado para la escucha de la Palabra de Dios. «*Todo acto litúrgico está por su naturaleza empapado de la Sagrada Escritura*»³³. Por consiguiente, esta Palabra celebrada en la Iglesia congregada por el Espíritu Santo es «*viva y eficaz*» (cf. Heb 4, 12) y mora en el corazón de quien la escucha.

Por tanto, «la celebración litúrgica se convierte en una continua, plena y eficaz exposición de esta Palabra de Dios. Así, la Palabra de Dios, expuesta continuamente en la liturgia, es siempre viva y eficaz por el poder del Espíritu Santo, y manifiesta el amor operante del Padre, amor indeficiente en su eficacia para con los hombres». En efecto, la Iglesia siempre ha sido consciente de que, en el acto litúrgico, la Palabra de Dios va acompañada por la íntima acción del Espíritu Santo, que la hace operante en el corazón de los fieles³⁴.

La unidad entre Palabra y sacramento se hace patente en la celebración sacramental, y especialmente en la celebración eucarística. El Papa explica esta unión por medio de varios pasajes del Nuevo Testamento. El discurso del Pan de Vida (Jn 6), el prólogo del evangelio de Juan (Jn 1) y, sobre todo, el

31. *Idem*.

32. CONCILIO VATICANO II, Const. Dogmática *Sacrosanctum Concilium*, 7.

33. *Idem*.

34. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 52.

relato de los discípulos de Emaús (Lc 24) le sirven como argumento para fundamentar esta unidad³⁵.

Palabra y Eucaristía se pertenecen tan íntimamente que no se puede comprender la una sin la otra: la Palabra de Dios se hace sacramentalmente carne en el acontecimiento eucarístico. La Eucaristía nos ayuda a entender la Sagrada Escritura, así como la Sagrada Escritura, a su vez, ilumina y explica el misterio eucarístico. En efecto, sin el reconocimiento de la presencia real del Señor en la Eucaristía, la comprensión de la Escritura queda incompleta³⁶.

La celebración litúrgica no sólo requiere del sacerdote la celebración atenta y devota, sino también la *preparación* de la misma, que también constituye un momento privilegiado de encuentro con la Palabra de Dios. En efecto, en la meditación de las acciones a realizar y en la lectura orante de la Sagrada Escritura el sacerdote se encuentra con el Señor que le invita a anunciar aquello que ha asimilado y poseído, mostrando a los fieles la vigencia y actualidad del evangelio de Cristo³⁷.

La *Liturgia de las Horas*, forma privilegiada de escuchar y de proclamar la Palabra de Dios³⁸, «es la oración de Cristo, con su Cuerpo, al Padre»³⁹. El Oficio Divino, misión de todo ministro ordenado, el cual con los salmos y los cánticos de la Sagrada Escritura, así como con las páginas de la Biblia y de la Tradición eclesial, ora por toda la Iglesia. De este modo, mediante el rezo ferviente, atento y devoto de la Liturgia de las Horas, el sacerdote encuentra a lo largo de toda la jornada la ocasión de santificar el día, orando sin cesar con la Palabra de Dios (cf. 1Tes 5, 17).

c) *El silencio*

Unido a esta escucha de la Palabra y a la lectura orante de la Biblia, el papa Benedicto XVI señala otro «método» para apropiarse de la Palabra de Dios: el silencio. El Papa habla del silencio desde dos perspectivas.

En primer lugar señala el silencio de Dios como una expresión importante de su Palabra. Puede parecer sorprendente, que sea el silencio una expresión de la revelación de Dios. El mismo Cristo experimentó el silencio de Dios. En la cruz, Dios habló a través del silencio. Silencio que acrisola y purifica la fe, que como «noche oscura» que hay que atravesar conduce a una intimidad más profunda con el ser de Dios. Por ello, el creyente ha de acoger con fe este silencio de Dios y dejarse purificar por su ausencia:

35. Cf. *Ibidem*, 54

36. *Ibidem*, 55.

37. Cf. *Ibidem*, 59.

38. Cf. *Ibidem*, 62.

39. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 44.

Como pone de manifiesto la cruz de Cristo, Dios habla por medio de su silencio. El silencio de Dios, la experiencia de la lejanía del Omnipotente y Padre, es una etapa decisiva en el camino terreno del Hijo de Dios, Palabra encarnada. Colgado del leño de la cruz, se quejó del dolor causado por este silencio: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Mc 15, 34; Mt 27, 46). Jesús, prosiguiendo hasta el último aliento de vida en la obediencia, invocó al Padre en la oscuridad de la muerte. En el momento de pasar a través de la muerte a la vida eterna, se confió a Él: «Padre, a tus manos encomiendo mi espíritu» (Lc 23, 46) [...] Esta experiencia de Jesús es indicativa de la situación del hombre que, después de haber escuchado y reconocido la Palabra de Dios, ha de enfrentarse también con su silencio. Muchos santos y místicos han vivido esta experiencia, que también hoy se presenta en el camino de muchos creyentes. El silencio de Dios prolonga sus palabras precedentes. En esos momentos de oscuridad, habla en el misterio de su silencio. Por tanto, en la dinámica de la revelación cristiana, el silencio aparece como una expresión importante de la Palabra de Dios⁴⁰.

Otra enseñanza de la exhortación sobre este tema indica que el creyente ha de buscar el silencio para que pueda acoger esta Palabra. En una sociedad donde la abundancia de información y de estímulos ensordecen el alma, el silencio se hace necesario para poder encontrarse con Dios y con uno mismo.

En efecto, la palabra sólo puede ser pronunciada y oída en el silencio, exterior e interior. [...] Por eso se ha de educar al Pueblo de Dios en el valor del silencio. Redescubrir el puesto central de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia quiere decir también redescubrir el sentido del recogimiento y del sosiego interior. La gran tradición patristica nos enseña que los misterios de Cristo están unidos al silencio, y sólo en él la Palabra puede encontrar morada en nosotros, como ocurrió en María, mujer de la Palabra y del silencio inseparablemente. Nuestras liturgias han de facilitar esta escucha auténtica: *Verbo crescente, verba deficiunt*⁴¹.

Momentos especiales para la «proclamación del silencio» son las celebraciones litúrgicas. En ellas se ha de promover este silencio meditativo, para que la Palabra de Dios resuene en el corazón de cuantos participan:

Este valor ha de resplandecer particularmente en la Liturgia de la Palabra, que «se debe celebrar de tal manera que favorezca la meditación». Cuando el silencio está previsto, debe considerarse «como parte de la celebración». Por tanto, exhorto a los pastores a fomentar los momentos de recogimiento, por medio de los cuales, con la ayuda del Espíritu Santo, la Palabra de Dios se acoge en el corazón⁴².

La exhortación culmina con una sentida llamada al silencio que favorezca la escucha. Es en el silencio donde podemos hacer que la Palabra de Dios pueda

40. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 21.

41. *Ibidem*, 66.

42. *Ídem*.

caer en tierra buena (cf. Mt 13, 23), por ello esto que se dirige en general a todos los fieles, se aplica de un modo más particular y apremiante a los pastores.

Hagamos silencio para escuchar la Palabra de Dios y meditarla, para que ella, por la acción eficaz del Espíritu Santo, siga morando, viviendo y hablándonos a lo largo de todos los días de nuestra vida. De este modo, la Iglesia se renueva y rejuvenece siempre gracias a la Palabra del Señor que permanece eternamente (cf. 1 Pe 1, 25; Is 40, 8)⁴³.

d) *Palabra de Dios, María y los santos*

El papa Benedicto XVI en su exhortación apostólica señala como uno de los modos propios de aprender a escuchar la Palabra de Dios, tanto para los fieles en general como para los presbíteros, es el de contemplar a la Santísima Virgen y la vida de los santos, aquellos que es donde la humanidad ha acogido de un modo eminente la Palabra divina y la ha encarnado en personas concretas de nuestra historia. Son los miembros dichosos de la familia de Jesús que han escuchado su Palabra y la cumplen (Lc 8, 21; 11, 27).

María posee un lugar privilegiado en la economía de la salvación, ella con su *fiat* acoge la Palabra y realiza una existencia penetrada de la Palabra de Dios. Es modelo y tipo de la Iglesia en la escucha atenta de la Palabra y en la Palabra hecha vida⁴⁴. El evangelio de la Anunciación, nos la presenta como la Virgen atenta y la Sierva llena de confianza en Dios: «*He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*» (Lc 1, 38). El Papa aconseja a los pastores que enseñen a los fieles a conocer la relación de la Santísima Virgen con la Palabra de Dios, y que al contemplar su vida nos sintamos llamados también a dejarnos penetrar por la Palabra.

Es necesario ayudar a los fieles a descubrir de una manera más perfecta el vínculo entre María de Nazaret y la escucha creyente de la Palabra divina. Exhorto también a los estudiosos a que profundicen más la relación entre mariología y teología de la Palabra [...] En realidad, no se puede pensar en la encarnación del Verbo sin tener en cuenta la libertad de esta joven mujer, que con su consentimiento coopera de modo decisivo a la entrada del Eterno en el tiempo. Ella es la figura de la Iglesia a la escucha de la Palabra de Dios, que en ella se hace carne. María es también símbolo de la apertura a Dios y a los demás; escucha activa, que interioriza, asimila, y en la que la Palabra se convierte en forma de vida⁴⁵.

El Papa también propone las diversas formas de la oración y de la piedad hacia la Madre del Salvador como espacio para la escucha de la Palabra de

43. *Ibidem*, 124.

44. CONCILIO VATICANO II, Const. Dogmática *Lumen Gentium* sobre la Iglesia (21 noviembre 1964), 62-65.

45. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 27.

Dios en unión con la Virgen María. Tanto la recitación del rosario, como el rezo del *Angelus Domini*, así como otras plegarias, poseen un trasfondo bíblico que nos ayudan a estar en contacto con la persona de Jesús y su evangelio⁴⁶.

Junto a la piedad mariana, se exhorta a leer las Sagradas Escrituras a la luz de la existencia de los santos. La comprensión e interpretación de la Biblia se verifica al contemplar la vida de la persona que ha acogido en su existencia la Palabra de Dios. El santo, «*rayo de luz que sale de la Palabra de Dios*»⁴⁷, nos muestra cómo actualizar en nuestra propia historia la Palabra divina⁴⁸.

En relación con la Palabra de Dios, la santidad se inscribe así, en cierto modo, en la tradición profética, en la que la Palabra de Dios toma a su servicio la vida misma del profeta. En este sentido, la santidad en la Iglesia representa una hermenéutica de la Escritura de la que nadie puede prescindir. El Espíritu Santo, que ha inspirado a los autores sagrados, es el mismo que anima a los santos a dar la vida por el Evangelio. Acudir a su escuela es una vía segura para emprender una hermenéutica viva y eficaz de la Palabra de Dios⁴⁹.

e) *Palabra de Dios y formación permanente*

El estudio y la formación intelectual deben ser un compromiso del sacerdote a lo largo de su vida⁵⁰. En la primera Carta a Timoteo (4, 14), Pablo le exhorta a no descuidar el carisma recibido. Junto a las otras áreas de la formación permanente, la dimensión intelectual es una exigencia que nace del propio ministerio al servicio de Dios y del pueblo⁵¹. Por la misión que se le ha conferido, por amor a Dios y a su Iglesia, por los retos y exigencias de la sociedad de hoy, para poder dar razones de su esperanza (1Pe 3, 15), el sacerdote, ministro de la Palabra, ha de tener una sólida formación teológica y exegética. Esto fue subrayado por el Vaticano II en el decreto sobre la vida y ministerio de los presbíteros:

Pues pensando cómo pueden explicar mejor lo que ellos han contemplado, saborearán más a fondo «las insondables riquezas de Cristo» (Ef 3, 8) y la multiforme sabiduría de Dios. Teniendo presente que es el Señor quien abre los corazones y que la excelencia no procede de ellos mismos, sino del poder de Dios, en el momento de proclamar la palabra se unirán más íntimamente a Cristo Maestro y se dejarán guiar por su Espíritu. Así, uniéndose con Cristo, participan de la caridad de Dios, cuyo misterio, oculto desde los siglos, ha sido revelado en Cristo⁵².

46. Cf. *Ibidem*, 88.

47. *Ibidem*, 48.

48. Cf. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 111; *Lumen Gentium*, 50-51.

49. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 49.

50. Cf. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 72; V CONFERENCIA GENERAL DEL EPISCOPADO LATINOAMERICANO Y DE EL CARIBE, *Discípulos y misioneros de Jesucristo*, Aparecida, 194.

51. Cf. J. M. CABIEDAS TEJERO, «El quehacer intelectual en el ministerio del sacerdote, hoy. Reclamos culturales e inteligencia de la fe», *Seminarios* 195-196 (2010) 7-28.

52. CONCILIO VATICANO II, *Presbyterorum Ordinis*, 13.

Al encomiar el estudio y la formación intelectual, el Concilio Vaticano II puso en estrecha relación la Teología con la Sagrada Escritura, por ello, el estudio de la ciencia teológica también puede convertirse en un medio propicio para encontrar y escuchar la Palabra de Dios:

Las Sagradas Escrituras contienen la palabra de Dios y, por ser inspiradas, son en verdad la palabra de Dios; por consiguiente, el estudio de la Sagrada Escritura ha de ser como el alma de la Sagrada Teología. También el ministerio de la palabra, esto es, la predicación pastoral, la catequesis y toda instrucción cristiana, en que es preciso que ocupe un lugar importante la homilía litúrgica, se nutre saludablemente y se vigoriza santamente con la misma palabra de la Escritura⁵³.

Como maestro de la fe, el sacerdote en el ejercicio del ministerio de la Palabra ha de buscar nutrir su intelecto con la fuente bíblica y la Tradición de la Iglesia, bajo la guía del Magisterio y con la ayuda de los que se dedican al cultivo de la Teología. Para que el sacerdote pueda ser fiel en su oficio de maestro de la comunidad creyente requiere el estudio constante, para anunciar con autoridad y profundidad la Palabra que le ha sido encomendada.

En el sagrado rito de la Ordenación el obispo recomienda a los presbíteros que «estén maduros en la ciencia» y que su doctrina sea «medicina espiritual para el pueblo de Dios». Pero la ciencia de un ministro sagrado debe ser sagrada, porque emana de una fuente sagrada y a un fin sagrado se dirige. Ante todo, pues, se obtiene por la lectura y meditación de la Sagrada Escritura, y se nutre también fructuosamente con el estudio de los santos Padres y Doctores, y de otros monumentos de la Tradición. Además, para responder convenientemente a los problemas propuestos por los hombres contemporáneos, conviene que los presbíteros conozcan los documentos del Magisterio y, sobre todo, de los Concilios y de los Romanos Pontífices, y consulten a los mejores y probados escritores de Teología⁵⁴.

Esta enseñanza la reitera el papa Benedicto XVI en la exhortación *Verbum Domini*⁵⁵. Los pastores que están llamados a ser maestros de la fe y de la doctrina requieren profundizar el sentido de los textos de la Sagrada Escritura para un eficaz ejercicio pastoral, sobre todo en la catequesis y en la predicación. Pero el estudio del sacerdote no se reduce a un mero adiestramiento o capacitación técnica. «La finalidad del estudio del discípulo es la comunión y el seguimiento del Verbo de Vida»⁵⁶. El papa Benedicto XVI cuando habla de la formación exegética y bíblica de los futuros sacerdotes insiste en señalar que el estudio ha de

53. CONCILIO VATICANO II, Const. Dogmática *Dei Verbum* sobre la divina revelación (18 noviembre 1965), 24; cf. JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 54.

54. CONCILIO VATICANO II, *Presbyterorum Ordinis*, 19; cf. también JUAN PABLO II, *Pastores dabo vobis*, 72.

55. Cf. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 31.

56. A. Bravo, «La Palabra de Dios en la vida del sacerdote», en COMISIÓN EPISCOPAL DEL CLERO, *Espiritualidad Sacerdotal. Congreso*, Madrid 1989, 316.

comprometer la fe y la espiritualidad del candidato. Obviamente, esto que se dice de los seminaristas, también se aplica a los sacerdotes:

El estudio de las Escrituras les ha de hacer más conscientes del misterio de la revelación divina, alimentando una actitud de respuesta orante a Dios que habla. Por otro lado, una auténtica vida de oración hará también crecer necesariamente en el alma del candidato el deseo de conocer cada vez más al Dios que se ha revelado en su Palabra como amor infinito⁵⁷.

El sacerdote tiene necesidad de poseer una buena formación bíblica, que incluye la adquisición de técnicas y herramientas para realizar la exégesis de los textos sagrados, el conocimiento de los principales momentos y acontecimientos de la historia de Israel y de la historia de la salvación, mediante el estudio y la formación intelectual continua se mantiene actualizado en los avances en la teología bíblica y en la ciencia exegética, han de ser conscientes de las relaciones entre el Antiguo y el Nuevo Testamento⁵⁸. Este bagaje intelectual le permitirá crecer en un adecuado conocimiento de las Escrituras y poder transmitirlo a los demás.

Sin embargo, debe estar atento para que en el estudio, la interpretación y el acercamiento a las Sagradas Escrituras se mantenga siempre en la comunión eclesial. En este campo, el peligro del subjetivismo y de la «soberbia intelectual» es más evidente. Por ello el Papa recomienda que el estudio de la ciencia bíblica esté unido a una profunda vida espiritual⁵⁹. «La ciencia hincha, el amor en cambio edifica» (1Cor 8, 1). Se hace necesario, pues, la escucha de la Palabra en el seno de la Iglesia, la cual se halla al servicio de la revelación divina. El estudio y la formación intelectual permitirá que los «ministros de la Palabra puedan repartir fructuosamente al Pueblo de Dios el alimento de las Escrituras, que ilumine la mente, robustezca las voluntades y encienda los corazones de los hombres en el amor de Dios»⁶⁰.

Sin embargo, hay que señalar como afirma Benedicto XVI que «sólo se puede comprender la Escritura viviéndola»⁶¹, por ello la vida de profunda comunión con Cristo, como cauce interpretativo del estudio de la Palabra de Dios, permite que también la formación intelectual sea para el presbítero un medio para escuchar y conocer al Verbo de Dios. Por otra parte, señala el Papa, la fe es razonable, ha de estar en armonía la fe con la razón, «la religión del Logos encarnado no dejará de mostrarse profundamente razonable al hombre que busca sinceramente la verdad y el sentido último de la propia vida y de la historia»⁶².

57. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 82.

58. *Ibidem*, 40.

59. Cf. *Ibidem*, 47.

60. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 23.

61. *Idem*.

62. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 36.

3. EL SACERDOTE, MINISTRO QUE ANUNCIA LA PALABRA DE DIOS

«... y para enviarlos a predicar, con poder de expulsar los demonios» (Mc 3, 14-15)

Y me dijo: «Hijo de hombre, come lo que se te ofrece; come este rollo y ve luego a hablar a la casa de Israel». Yo abrí mi boca y él me hizo comer el rollo, y me dijo: «Hijo de hombre, aliméntate y sáciate de este rollo que yo te doy». Lo comí y fue en mi boca dulce como la miel. Entonces me dijo: «Hijo de hombre, ve a la casa de Israel y háblales con mis palabras.... (Ez 3, 1-4).

Esta imagen del libro de Ezequiel es una elocuente manera de presentar la misión del ministro de la Palabra. La Palabra enviada por Dios y acogida por el creyente debe ser anunciada a la familia humana. Dios, en su designio de salvación, se ha revelado amorosamente a nosotros para comunicarnos su propia vida. El anuncio del Reino de Dios y de las maravillas que ha realizado a favor de la humanidad, el llamado a la conversión, el anuncio de Cristo muerto y resucitado, es un deber de todo bautizado⁶³. Sin embargo, esta tarea de anuncio y evangelización corresponde de un modo más específico al ministro ordenado. El papa Benedicto XVI señala en la exhortación: «Los Obispos y sacerdotes, por su propia misión, son los primeros llamados a una vida dedicada al servicio de la Palabra»⁶⁴. El triple oficio de los pastores de la comunidad conlleva el anuncio y la predicación. Para dirigir, enseñar y santificar se requiere necesariamente del ministerio de la Palabra⁶⁵. No es posible apacentar la grey de Dios si no se predica el mensaje de salvación: «Pero ¿cómo invocarán a aquel en quien no han

63. Cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium* 10.23.35.46, Decreto *Apostolicam Actuositatem* (18 noviembre 1965) 6; BENEDICTO XVI, *Verbum Domini* 94.

64. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini* 94, cf. CONCILIO VATICANO II, *Lumen Gentium* 28.

65. A este respecto, resulta interesante cómo la teología posconciliar se ha debatido en la búsqueda del *munus* que integre el ministerio eclesial de maestro, sacerdote y pastor. En otras palabras, se discute cuál de los tres ministerios incluye en sí mismo y tiene la primacía sobre los demás. Señala Greshake: «En dos pasajes de los documentos del concilio Vaticano II se menciona como primera tarea del ministerio sacerdotal la «proclamación de la palabra» (LG 28; PO 4) [...] Por eso, Joseph Ratzinger piensa que, partiendo del texto conciliar, «la palabra —entendida en toda su profundidad— es lo abarcante y lo fundamental que hace que de sí se deriven las dos otras [formas de actividad ministerial] y que a la vez las abarca constantemente en sí». Algo semejante sostiene también K. Rahner. Para él, la Iglesia es en su totalidad el «sacramento», es decir, el signo y testimonio de la palabra —salvífica y escatológicamente vencedora— de Dios en Jesucristo. Esta palabra, que brota en diferentes niveles, en variadas formas y en distintos «grados de densidad», tiene su punto culminante en la proclamación de la muerte y la resurrección de Cristo mediante la celebración de la eucaristía. Por eso, el sacerdote designado para el servicio de la palabra es consagrado también a este respecto, para prestar el servicio a la palabra que se expresa de la manera más viva en el acontecimiento sacramental, y para prestar el servicio a la comunidad que ha de ser congregada para que escuche la palabra y que debe ser regida a partir de la palabra. Así que el servicio de la palabra integra también la función sacerdotal y pastoral del ministro». Cf. G. GRESHAKE, *Ser sacerdote hoy*, Salamanca 2006, 243-244. Se comprende así la impostación del documento como una reafirmación de la labor teológica del teólogo Joseph Ratzinger, aunque no lo señale explícitamente.

creído? ¿Cómo creerán en aquel a quien no han oído? ¿Cómo oirán sin que se les predique? Y ¿cómo predicarán si no son enviados» (Rm 10, 14-15).

A lo largo de toda la Sagrada Escritura podemos observar como toda vocación conlleva la misión al servicio del plan de salvación de Dios. El que ha sido llamado por el Señor debe anunciar y testimoniar las palabras y obras de Dios en medio de su pueblo. Luego de la llamada de Dios, los profetas (Is 6, 8; Jr 1, 4-10, Ez 2, 1-3, 10) y los apóstoles (Mt 28, 19-20, Hch 1, 3-10; 9, 1-31) son enviados a anunciar la Palabra divina a la comunidad. San Pablo exclama: «Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. Y ¡ay de mí si no predicara el Evangelio!» (1Cor 9, 16). Lo que se ha escuchado de Dios, no se reduce a un encuentro íntimo personal, sino que ha sido dado por Dios para ser transmitidos a los demás: «lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo» (1 Jn 1, 3).

El sacerdote, ministro de la Palabra, está llamado a anunciar y transmitir la buena nueva de Dios. El que escucha y recibe la Palabra necesariamente ha de convertirse en su anunciador. Mediante la ordenación, el sacerdote recibe el Espíritu Santo que lo «aparta» (cf. Hch 13, 2) para la misión de ser maestro de la fe:

Su Palabra no sólo nos concierne como destinatarios de la revelación divina, sino también como sus anunciadores. Él, el enviado del Padre para cumplir su voluntad (cf. Jn 5, 36-38; 6, 38-40; 7, 16-18), nos atrae hacia sí y nos hace partícipes de su vida y misión. El Espíritu del Resucitado capacita así nuestra vida para el anuncio eficaz de la Palabra en todo el mundo⁶⁶.

La misión y la evangelización para la Iglesia, para el sacerdote, tiene como contenido central el anuncio del Dios uno y trino que en Jesucristo mediante el Espíritu Santo ha sido manifestado a la humanidad, y del Reino de Dios que se hace realidad en la misma persona de Jesucristo hecho hombre. El sacerdote, como enviado y discípulo de Cristo (cf. Jn 20, 21), impulsado por la misma Palabra divina, está llamado a anunciar el mensaje y la obra de Jesús a todos los hombres.

Es necesario, pues, redescubrir cada vez más la urgencia y la belleza de anunciar la Palabra para que llegue el Reino de Dios, predicado por Cristo mismo. Renovamos en este sentido la conciencia, tan familiar a los Padres de la Iglesia, de que el anuncio de la Palabra tiene como contenido el Reino de Dios (cf. Mc 1, 14-15), que es *la persona misma de Jesús (la Autobasileia)*, como recuerda sugestivamente Orígenes⁶⁷.

66. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini* 91.

67. *Ibidem* 93., cf. PABLO VI, Exhort. Apost. *Evangelii Nuntiandi* (8 diciembre 1975) 26-27.

En el libro de los Hechos se señala que los Apóstoles para poder atender adecuadamente «el servicio de las mesas» eligen a los siete, para así poder dedicarse «a la oración y al ministerio de la Palabra» (Hch 6, 1-7). Los Apóstoles tienen la conciencia de ser ante todo ministros que escuchan y anuncian la Palabra de Dios. Esto de ningún modo quiere indicar que el dirigente de la comunidad abandone la caridad para refugiarse en una oración que lo absuelva de la solidaridad y la fraternidad, sino que habla ante todo del primado de la Palabra. Para poder ejercitar con fidelidad el encargo recibido se requiere del encuentro profundo con el Señor. Para los Apóstoles lo prioritario es el servicio de la Palabra⁶⁸, que no es un ministerio excluyente, sino que proporciona la intimidad con Dios, a partir de la cual se obtienen las luces para el fiel ejercicio del ministerio y la caridad. Juan Pablo II en la Encíclica *Redemptoris Missio* al hablar de las cualidades del misionero (que son aplicables al sacerdote) señala lo siguiente:

El misionero ha de ser un «contemplativo en acción». Él halla respuesta a los problemas a la luz de la Palabra de Dios y con la oración personal y comunitaria ... El misionero, sino es contemplativo, no puede anunciar a Cristo de un modo creíble. El misionero es un testigo de la experiencia de Dios y debe poder decir como los Apóstoles: « Lo que contemplamos ... acerca de la Palabra de vida ..., os lo anunciamos» (1 Jn 1, 1-3)⁶⁹.

En la exhortación que nos dirige Benedicto XVI presenta las diversas modalidades y expresiones que realiza o debe realizar el sacerdote para realizar este servicio de la Palabra. El presbítero, «inmerso en la Palabra de Dios que lo purifica y lo envía»⁷⁰, ejercita el triple ministerio de sacerdote, profeta y rey para el bien del Pueblo de Dios. Las tres dimensiones del ministerio presbiteral requieren de los pastores conocimiento sólido de la Palabra de Dios, espiritualidad arraigada en la Biblia y unión íntima con Jesucristo, el Verbo encarnado, de este modo, guiado por la Palabra va colaborando en la Iglesia para la edificación del Reino.

3.1. *El presbítero, profeta que anuncia la Palabra de Dios*

Como *profetas*, los presbíteros, anunciando el Evangelio a toda la humanidad, constituyen y consolidan el Pueblo de Dios. La Palabra mantiene su vigencia, «es viva y eficaz» (Hb 4, 12), habla al hombre y a la sociedad de hoy, ilumina y salva:

En realidad, toda la economía de la salvación nos muestra que Dios habla e interviene en la historia en favor del hombre y de su salvación integral. Por tanto, es decisivo desde el punto de vista pastoral mostrar la capacidad que tiene la Pa-

68. J. A. FITZMYER, *Los Hechos de los Apóstoles. Traducción, introducción y comentario I (1, 1-8, 40)*, Salamanca 2003, 469.

69. JUAN PABLO II, Carta Encíclica *Redemptoris Missio* (7 diciembre 1990), 91.

70. Cf. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 80.

labra de Dios para dialogar con los problemas que el hombre ha de afrontar en la vida cotidiana. Jesús se presenta precisamente como Aquel que ha venido para que tengamos vida en abundancia (cf. Jn 10, 10). Por eso, debemos hacer cualquier esfuerzo para mostrar la Palabra de Dios como una apertura a los propios problemas, una respuesta a nuestros interrogantes, un ensanchamiento de los propios valores y, a la vez, como una satisfacción de las propias aspiraciones. La pastoral de la Iglesia debe saber mostrar que Dios escucha la necesidad del hombre y su clamor⁷¹.

El apóstol Pablo nos dice «La fe viene por la predicación y la predicación por la Palabra de Cristo» (Rm 10, 17). El presbítero cuando anuncia la Palabra de Dios suscita la fe en el corazón de los que no conocen a Cristo. Por ello la evangelización debe llegar al mundo el mundo entero. El Señor resucitado envía a sus apóstoles: «Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación» (Mc 16, 15). De este modo, la predicación tiene como destinatarios a los hombres y mujeres de todos los tiempos, de todas las culturas.

Para los que no conocen a Cristo, la *missio ad gentes* es un derecho que poseen de tener acceso a la Palabra de Dios. Así la labor de evangelización en tierras de misión forma parte de la obligación que tiene la Iglesia y sus presbíteros de anunciar explícitamente a Jesucristo, salvación de los hombres.

La Palabra de Dios es la verdad salvadora que todo hombre necesita en cualquier época. Por eso, el anuncio debe ser explícito. La Iglesia ha de ir hacia todos con la fuerza del Espíritu (cf. 1 Co 2, 5), y seguir defendiendo proféticamente el derecho y la libertad de las personas de escuchar la Palabra de Dios, buscando los medios más eficaces para proclamarla, incluso con riesgo de sufrir persecución. La Iglesia se siente obligada con todos a anunciar la Palabra que salva (cf. Rm1, 14)⁷².

Es *en el seno de la comunidad eclesial* resuena la Palabra de Dios por medio de la predicación, de la homilía, de la catequesis, en la liturgia de la Palabra durante la celebración de los sacramentos y en la actividad pastoral de la Iglesia. El Concilio Vaticano II cuando habla de los presbíteros señala:

En la comunidad cristiana, atendiendo, sobre todo, a aquellos que comprenden o creen poco lo que celebran, se requiere la predicación de la palabra para el ministerio de los sacramentos, puesto que son sacramentos de fe, que procede de la palabra y de ella se nutre. Esto se aplica especialmente a la liturgia de la palabra en la celebración de la misa, en que el anuncio de la muerte y de la resurrección del Señor y la respuesta del pueblo que escucha se unen inseparablemente con la oblación misma con la que Cristo confirmó en su sangre la Nueva Alianza, oblación a la que se unen los fieles o con el deseo o con la recepción del sacramento⁷³.

71. *Ibidem* 23.

72. *Ibidem* 95

73. CONCILIO VATICANO II, *Presbyterorum Ordinis*, 4.

El Papa Benedicto XVI reitera este encargo a los pastores de la comunidad a fin de que la Palabra de Dios celebrada en la liturgia sea ocasión para el encuentro y conocimiento de Dios y sus misterios.

Exhorto, pues, a los Pastores de la Iglesia y a los agentes de pastoral a esforzarse en educar a todos los fieles a gustar el sentido profundo de la Palabra de Dios que se despliega en la liturgia a lo largo del año, mostrando los misterios fundamentales de nuestra fe. El acercamiento apropiado a la Sagrada Escritura depende también de esto⁷⁴.

Una misión importante para el presbítero anunciador de la Palabra es la *formación de los fieles*, tanto en la iniciación cristiana como en las diversas fases de la vida, la Palabra de Dios debe ser alimento del espíritu para los creyentes en Cristo. «Un momento importante de la animación pastoral de la Iglesia en el que se puede redescubrir adecuadamente el puesto central de la Palabra de Dios es la catequesis, que, en sus diversas formas y fases, ha de acompañar siempre al Pueblo de Dios»⁷⁵.

Además, la formación cristiana incluye el acercamiento de los fieles a la Palabra de Dios mediante una correcta lectura eclesial de la Escritura, el presbítero debe ser maestro de la Palabra con las palabras que vienen de Dios⁷⁶. Una herramienta para ello es el apostolado bíblico que capacita para un acercamiento profundo a la Sagrada Escritura⁷⁷. El Papa exhorta a los pastores a educar a los fieles en la lectura de toda la Biblia, incluso de aquellos pasajes que resultan oscuros para la mentalidad de hoy⁷⁸.

Por otra parte, en nuestros tiempos la Palabra de Dios debe ser presentada con renovado empeño en los países de antigua tradición cristiana. Hoy en día, debido a la secularización de la sociedad y al fenómeno del relativismo y del individualismo se hace necesario volver a predicar a las jóvenes generaciones el evangelio de Cristo. En esta tarea los sacerdotes tienen una misión ineludible: es el reto de la *nueva evangelización*⁷⁹.

74. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 52.

75. *Ibidem*, 74.

76. Cf. *Ibidem*, 84.

77. Cf. *Ibidem*, 75.

78. Cf. *Ibidem*, 42.

79. El papa Benedicto XVI cuando instituye el Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización en septiembre de 2010, expone como motivación principal el anuncio de la Palabra como deber ineludible de la Iglesia: « La Iglesia tiene el deber de anunciar siempre y en todas partes el Evangelio de Jesucristo. Él, el primer y supremo evangelizador, en el día de su ascensión al Padre, ordenó a los Apóstoles: «Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado» (Mt 28, 19-20). Fiel a este mandamiento, la Iglesia, pueblo adquirido por Dios para que proclame sus obras admirables (cf. 1 Pe 2, 9), desde el día de Pentecostés, en el que recibió como don el Espíritu Santo (cf. Hch 2, 1-4), nunca se ha cansado de dar a conocer a todo el mundo la belleza del Evangelio, anunciando a Jesucristo, ver-

Al alba del tercer milenio, no sólo hay todavía muchos pueblos que no han conocido la Buena Nueva, sino también muchos cristianos necesitados de que se les vuelva a anunciar persuasivamente la Palabra de Dios, de manera que puedan experimentar concretamente la fuerza del Evangelio. Tantos hermanos están «bautizados, pero no suficientemente evangelizados». Con frecuencia, naciones un tiempo ricas en fe y vocaciones van perdiendo su propia identidad, bajo la influencia de una cultura secularizada. La exigencia de una nueva evangelización, tan fuertemente sentida por mi venerado Predecesor, ha de ser confirmada sin temor, con la certeza de la eficacia de la Palabra divina. La Iglesia, segura de la fidelidad de su Señor, no se cansa de anunciar la Buena Nueva del Evangelio e invita a todos los cristianos a redescubrir el atractivo del seguimiento de Cristo⁸⁰.

3.2. *El presbítero, sacerdote que santifica con la Palabra de Dios*

El presbítero al ejercer el oficio sacerdotal de *santificador* comunica a los fieles la vida divina que Cristo nos concede. Los sacerdotes, partícipes del único Sacerdocio de Cristo, continúan, por medio de la celebración de los sacramentos y de la liturgia, santificando el pueblo de Dios. En la sagrada liturgia, cumbre y fuente de la vida eclesial, Cristo mismo actúa en su Iglesia⁸¹.

La celebración litúrgica es espacio propicio para la proclamación de la Palabra de Dios, que anima en la fe, mueve los corazones a la conversión, alaba al Señor, suscita la penitencia y construye la fraternidad. Tal como señala el papa Benedicto XVI, la eficacia de la proclamación de la Palabra procede del poder del Espíritu de Cristo, el cual se encuentra presente en toda celebración litúrgica.

Más aún, hay que decir que Cristo mismo «está presente en su palabra, pues es Él mismo el que habla cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura». Por tanto, «la celebración litúrgica se convierte en una continua, plena y eficaz exposición de esta Palabra de Dios. Así, la Palabra de Dios, expuesta continuamente en la liturgia, es siempre viva y eficaz por el poder del Espíritu Santo, y manifiesta el amor operante del Padre, amor indeficiente en su eficacia para con los hombres». En efecto, la Iglesia siempre ha sido consciente de que, en el acto litúrgico, la Palabra de Dios va acompañada por la íntima acción del Espíritu Santo, que la hace operante en el corazón de los fieles⁸².

dadero Dios y verdadero hombre, el mismo «ayer, hoy y siempre» (*Hb* 13, 8), que con su muerte y resurrección realizó la salvación, cumpliendo la antigua promesa. Por tanto, para la Iglesia la misión evangelizadora, continuación de la obra que quiso Jesús nuestro Señor, es necesaria e insustituible, expresión de su misma naturaleza.[...] Por tanto, haciéndome cargo de la preocupación de mis venerados predecesores, considero oportuno dar respuestas adecuadas para que toda la Iglesia, dejándose regenerar por la fuerza del Espíritu Santo, se presente al mundo contemporáneo con un impulso misionero capaz de promover una nueva evangelización. Cf. BENEDICTO XVI, Carta apost. *Ubicumque et semper*, con la cual se instituye el Consejo Pontificio para la promoción de la Nueva Evangelización (21 septiembre 2010).

80. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 96.

81. Cf. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 10.

82. *Ibidem*, 7; BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 52.

En la exhortación postsinodal, el papa Benedicto XVI recuerda que en la celebración de los sacramentos los ministros ordenados tienen el papel de ser mistagogos de la fe, para que ayuden a los fieles a vivir conscientemente los sacramentos que celebran.

Ciertamente «la liturgia de la Palabra es un elemento decisivo en la celebración de cada sacramento de la Iglesia»; sin embargo, en la práctica pastoral, los fieles no siempre son conscientes de esta unión, ni captan la unidad entre el gesto y la palabra. «Corresponde a los sacerdotes y a los diáconos, sobre todo cuando administran los sacramentos, poner de relieve la unidad que forman Palabra y sacramento en el ministerio de la Iglesia»⁸³.

En la celebración de los sacramentos se obtiene la vida divina y se da culto a Dios. La vivencia fructuosa de los sacramentos requiere la fe del creyente, que debe adherirse a la fe de la Iglesia proclamada en la Palabra. En la celebración sacramental, y en especial en la celebración eucarística, el presbítero ejerce el sacerdocio de Cristo, mediante el cual se une a los fieles con Dios, a través de la proclamación de la Palabra de Dios y de la acción sagrada.

Por tanto, de la Liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin⁸⁴.

«En la Sagrada Eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia»⁸⁵. Por ello el sacerdote ha de procurar que a través de la catequesis, la enseñanza, la predicación, la homilía que actualiza el mensaje bíblico, los fieles puedan participar fructuosamente de la celebración y así se robustezcan en la fe, la esperanza y la caridad.

Un momento privilegiado e importante para la presentación de la Palabra de Dios es el de la homilía. El Papa exhorta a los ministros ordenados a cuidar y mejorar la predicación homilética por su estrecha relación con la Palabra de Dios.

En la Exhortación apostólica postsinodal *Sacramentum caritatis*, recordé que «la necesidad de mejorar la calidad de la homilía está en relación con la importancia de la Palabra de Dios. En efecto, ésta «es parte de la acción litúrgica»; tiene el cometido de favorecer una mejor comprensión y eficacia de la Palabra de Dios en la vida de los fieles». La homilía constituye una actualización del mensaje bíblico, de modo que se lleve a los fieles a descubrir la presencia y la eficacia de la Palabra de Dios en el hoy de la propia vida. Debe apuntar a la comprensión del misterio que se celebra, invitar a la misión, disponiendo la asamblea a la profesión

83. *Verbum Domini*, 53.

84. CONCILIO VATICANO II, *Sacrosanctum Concilium*, 10.

85. *Idem*.

de fe, a la oración universal y a la liturgia eucarística. Por consiguiente, quienes por ministerio específico están encargados de la predicación han de tomarse muy en serio esta tarea⁸⁶.

El ministro de la Palabra santifica la jornada y se une a la oración de Cristo por la Iglesia a través del rezo de la *Liturgia de las Horas*. Como «Oficio Divino» el sacerdote se santifica y ora por la santificación del pueblo. La Liturgia de las Horas, donde se ora con las palabras del libro de los Salmos y de los cánticos bíblicos y con la Tradición de la Iglesia, constituye otra manera de ejercer el oficio de santificador. El Papa recoge una cita de la Ordenación General de la Liturgia de las Horas para señalar la grave responsabilidad y el privilegio de los ministros ordenados a quienes corresponde realizar este oficio:

En efecto, «en la Liturgia de las Horas, la Iglesia, desempeñando la función sacerdotal de Cristo, su cabeza, ofrece a Dios sin interrupción (cf. 1Ts 5, 17) el sacrificio de alabanza, es decir, el fruto de unos labios que profesan su nombre (cf. Hb 13, 15). Esta oración es «la voz de la misma Esposa que habla al Esposo; más aún: es la oración de Cristo, con su cuerpo, al Padre»⁸⁷.

Además de las celebraciones litúrgicas, el Papa exhorta a proclamar la Palabra de Dios en diversos momentos religiosos y festivos de la comunidad. En la celebración de las bendiciones⁸⁸, en las celebraciones de fiestas particulares, peregrinaciones, misiones populares, ejercicios espirituales, actos de adoración y reparación, y otras manifestaciones de la piedad popular, el sacerdote debe aprovechar todos estos momentos para la proclamación y celebración de la Palabra de Dios⁸⁹.

86. Cf. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 59. A este propósito encontramos: «Así como la celebración de la Cena del Señor crea unidad (en su triple dimensión) y capacita para la unidad, así sucede también con la palabra de Dios. Con esto queda dicho ya que en la predicación no debe hablarse de 'cosas intrascendentes', sino de la Buena Nueva acerca de la *communio* a la que Dios nos invita; debe hablarse del seguimiento de Cristo, que abre el camino para ello; y debe hablarse de la vida cristiana y eclesial que se halla bajo la palabra clave de unidad. La predicación cuanto más sea interpretación de la Sagrada Escritura (lo cual no quiere decir, ni mucho menos, que debe estar atada servilmente a palabras, conceptos y sucesos bíblicos) y cuanto más vincule con el acontecimiento de la eucaristía, tanto más auténticamente transmitirá la Palabra de Dios, de tal manera que —a semejanza de Pablo— el sacerdote pueda dar gracias a Dios de que la comunidad 'ha aceptado la palabra, recibida por ella por medio de la predicación, no como palabra humana, sino —cosa que en verdad es como palabra de Dios' (cf. 1Tes 2, 13). Esto presupone, claro está una gran familiaridad con la sagrada Escritura y un constante esfuerzo por comprenderla, no sólo de un punto de vista funcional (a fin de predicar de manera correcta), sino también en el sentido existencial del dejarse impactar por la Palabra de Dios, de tal manera que la predicación sea de veras el *contemplata aliis tradere*, el transmitir a otros lo que uno mismo ha experimentado en la contemplación». Cf. G. GRESHAKE, *Ser sacerdote hoy*, Salamanca 2006, 325-326.

87. *Ibidem*, 62. Cf. *Ordenación general de la Liturgia de las Horas* III, 15.

88. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 63.

89. Cf. *Ibidem*, 65.

3.3. *El presbítero, pastor y guía de la comunidad con la Palabra de Dios*

El sacerdote, en el ejercicio de su ministerio ejerce también la función de *guía y rector* de la comunidad, teniendo como modelo el Buen Pastor que da la vida por las ovejas y las conduce con su voz (Jn 10, 3-5.11). Este ministerio realizado en comunión con el Sucesor de Pedro y con el obispo de la Iglesia local busca la salvación de los hombres, el incremento espiritual del Cuerpo de Cristo, la unidad de los fieles y la gloria de Dios.

Los presbíteros, ejerciendo según su parte de autoridad el oficio de Cristo Cabeza y Pastor, reúnen, en nombre del obispo, a la familia de Dios, como una fraternidad unánime, y la conducen a Dios Padre por medio de Cristo en el Espíritu. Mas para el ejercicio de este ministerio, lo mismo que para las otras funciones del presbítero, se confiere la potestad espiritual, que, ciertamente, se da para la edificación⁹⁰.

El sacerdote, como ministro que contribuye a la edificación de la familia de los hijos de Dios congregada en la Iglesia, ha de tener presente, como señala el Concilio Vaticano II, que «no se edifica ninguna comunidad cristiana si no tiene como raíz y quicio la celebración de la Sagrada Eucaristía»⁹¹. Esta afirmación no reduce la edificación de la Iglesia a la celebración eucarística, sino que entraña que la evangelización y el anuncio deben desembocar en la constitución de una Iglesia de creyentes maduros en su fe, que tomen fuerzas de la Eucaristía para ser solícitos en la caridad fraterna y en la ayuda mutua, para luchar por la justicia y la evangelización de la sociedad, que descubran y vivan su vocación cristiana, que tengan a Cristo como el centro de sus vidas y busquen el Reino de Dios.

El servicio que presta la Iglesia a la familia humana, mediante la caridad, los sacramentos y la Palabra del Señor con la fuerza del Espíritu Santo edifica la comunidad de fe, teniendo como destinatarios el mundo entero. «*Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes*» (Mt 28, 19) sigue siendo una labor pendiente de la Iglesia.

Por ello, la labor pastoral del sacerdote no puede reducirse al grupo de feligreses, sino que debe abarcar a todos los rincones de la sociedad. El papa Benedicto XVI en la exhortación *Verbum Domini* presenta diversos ámbitos y plataformas pastorales donde debe resonar la Palabra de Dios y que permiten la edificación y el incremento del Pueblo de Dios.

El Papa exhorta a los obispos y sacerdotes a realizar esta misión iluminados por la Palabra de Dios, a tener en cuenta la animación bíblica de toda la pastoral de la Iglesia, como un modo de conocimiento de Dios y de su mensaje de salvación a través de las Escrituras.

90. CONCILIO VATICANO II, *Presbyterorum Ordinis*, 6.

91. *Idem*.

No se trata, pues, de añadir algún encuentro en la parroquia o la diócesis, sino de lograr que las actividades habituales de las comunidades cristianas, las parroquias, las asociaciones y los movimientos, se interesen realmente por el encuentro personal con Cristo que se comunica en su Palabra. Así, puesto que «la ignorancia de las Escrituras es ignorancia de Cristo», la animación bíblica de toda la pastoral ordinaria y extraordinaria llevará a un mayor conocimiento de la persona de Cristo, revelador del Padre y plenitud de la revelación divina⁹².

Así el Papa exhorta a que los pastores tengan en cuenta la animación bíblica de la pastoral en las diversas actividades eclesiales. La catequesis⁹³, las familias⁹⁴, los jóvenes, los pobres, los emigrantes, los que sufren, la educación y la cultura, la lucha por la justicia y la paz, el compromiso con la creación los medios de comunicación, el ejercicio de la caridad efectiva, los artistas y agentes culturales, el diálogo con las culturas⁹⁵... son ambientes y destinatarios donde el anuncio de la Palabra de Dios se hace necesario para que el mensaje del evangelio penetre estas realidades.

También, nos dice el Papa, la Palabra de Dios debe guiar el diálogo ecuménico, y el diálogo con los judíos y las demás religiones. En el conocimiento profundo de la Palabra de Dios, los presbíteros podrán encontrar en las otras confesiones los valores y principios comunes que puedan facilitar caminos para el diálogo y la comprensión mutua⁹⁶.

4. EL SACERDOTE, MINISTRO CONFIGURADO POR LA PALABRA

Para finalizar este recorrido, señalamos que el sacerdote como servidor de la Palabra ha de estar configurado por ella, debe haberla asumida en su vida, en sus pensamientos, en su modo de actuar y en la manera de juzgar la realidad. Refiriéndose a los sacerdotes, señala el Papa que «sus palabras, sus decisiones y sus actitudes han de ser cada vez más una transparencia, un anuncio y un testimonio del Evangelio»⁹⁷. Para la evangelización se hace necesaria la coherencia de vida entre lo que se anuncia y lo que se vive.

Un episodio que nos puede iluminar esta reflexión, es el de las tentaciones de Jesús, narrado con detalle en los evangelios de Mateo y de Lucas (Mt 4, 1-11; Lc 4, 1-13). Es importante leer con atención la estrategia de Satanás. El

92. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 73.

93. *Ibidem*, 74.

94. *Ibidem*, 85.

95. En diversos apartados entre los números 99-114, el Papa va exponiendo la relación entre el anuncio de la Palabra y las diversas realidades aquí enumeradas.

96. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini* 94. 43.117-120. Véase también la profunda reflexión del Papa Pablo VI sobre el tema del diálogo con los diversos tipos de creyentes en Carta Encíclica *Ecclesiam Suam* (6 agosto 1964) 27-46.

97. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini* 80; cf. 60.

diablo con astucia y engaño pareciera que quiere apoyar a Jesús. Cuando se dirige al Señor le dice: «*si eres el Hijo de Dios...*», aparentemente no quiere desviarlo de su misión, y pretende convencer a Jesús enunciando la verdad de su filiación divina y haciendo recurso a la Palabra de Dios, «*está escrito...*». Sin embargo, para el Reino no sirve cualquier método, el fin no justifica los medios. Jesús, con la Palabra de Dios, desenmascara al adversario, y a su vez nos enseña que las actitudes del discípulo deben ser la de siervo de Dios y de su mensaje; y que hay que estar atentos, porque también se puede hacer mal uso de la Palabra de Dios. Para la evangelización, el método y las formas no son secundarios, forman parte integral del anuncio, por eso hay que confrontarlos con el Evangelio.

El Señor que incorpora a su misión a los apóstoles y, después de su resurrección, a toda la Iglesia, envía a sus discípulos en su nombre. Así, los obispos, sucesores del colegio apostólico, y los sacerdotes colaboradores del episcopado han de asumir en su ministerio las actitudes de Jesús. Esto es importante, porque la evangelización no se reduce sólo a la transmisión aséptica de un mensaje, sino que el pregonero del evangelio con su vida y con sus actitudes también forma parte integrante del mensaje. Esto hay que subrayarlo con insistencia, porque en ocasiones nos ocupamos sólo de la rectitud doctrinal del ministro de la Palabra, pero no evaluamos el modo de presentar el mensaje del Evangelio. El Papa nos lo señala en la exhortación:

Sin embargo, es importante que toda modalidad de anuncio tenga presente, ante todo, la intrínseca relación entre comunicación de la Palabra de Dios y testimonio cristiano. De esto depende la credibilidad misma del anuncio. Por una parte, se necesita la Palabra que comunique todo lo que el Señor mismo nos ha dicho. Por otra, es indispensable que, con el testimonio, se dé credibilidad a esta Palabra, para que no aparezca como una bella filosofía o utopía, sino más bien como algo que se puede vivir y que hace vivir. [...] Hay una estrecha relación entre el testimonio de la Escritura, como afirmación de la Palabra que Dios pronuncia por sí mismo, y el testimonio de vida de los creyentes. Uno implica y lleva al otro. El testimonio cristiano comunica la Palabra confirmada por la Escritura. La Escritura, a su vez, explica el testimonio que los cristianos están llamados a dar con la propia vida. De este modo, quienes encuentran testigos creíbles del Evangelio se ven movidos así a constatar la eficacia de la Palabra de Dios en quienes la acogen⁹⁸.

El estilo de Jesús es el del Buen Pastor que da la vida por las ovejas (Jn 10, 11), que enseña movido por la compasión (Mc 6, 34), su ministerio está signado por la cruz (Mc 8, 34-38; Mt 16, 24; Lc 9, 23); Jesús se abandona confiadamente al amor del Padre aún en la cruz en medio de la peor desolación (Lc 23, 46), no busca los primeros puestos sino que se hace siervo de todos (Mc 9, 35; 10, 43-45), que tiene conciencia de ser enviado (Jn 7, 28)... Estos son algunos de los

98. *Ibidem*, 97; cf. 98.

rasgos que debe reproducir el sacerdote discípulo de Cristo que sirve a la Palabra de Dios para que su mensaje tenga la fuerza del testimonio de la verdad.

En el Nuevo Testamento, además, se nos presenta el modo de evangelizar de los apóstoles, que constituye también un modelo para la forma de comportarse del ministro eclesiástico. En la Primera Carta de Pedro se exhorta en una catequesis a ejercer el ministerio de pastor con el corazón compasivo del Señor⁹⁹: «Apacentad la grey de Dios que os está encomendada, vigilando, no forzados, sino voluntariamente, según Dios; no por mezquino afán de ganancia, sino de corazón; no tiranizando a los que os ha tocado cuidar, sino siendo modelos de la grey» (1 Pe 5, 2-3). En efecto, recordemos que a Pedro se le encomienda el pastoreo del rebaño de Cristo resucitado sólo después que ha confesado su amor por el Señor (Jn 21, 15-18). San Pablo en la Segunda Carta a los Corintios -escrito autobiográfico sobre el ministerio apostólico-, señala los sufrimientos por Cristo y concluye que es en la debilidad del apóstol como se manifiesta la gracia de Dios (2 Cor 12, 8-10). En el libro de los Hechos, Pablo habla del «método apostólico» cuando se despide de los presbíteros de Éfeso (Hch 20, 18-33). Propone a los presbíteros de la comunidad que sigan su ejemplo de humildad, laboriosidad, sencillez, pobreza y confianza en el Señor...

La vida del apóstol está marcada por la comunión. El sacerdote ejerce su misión en la Iglesia unido a Dios y a los demás. No es el individualismo ni la autosuficiencia la característica del ministro de Cristo, sino que el enviado de Cristo, el sacerdote, debe ser testimonio de comunión y de unidad «*para que el mundo crea*» (cf. Jn 17, 21). Esta comunión ha de ser con la Iglesia universal, con el obispo local, con los demás presbíteros y todos los miembros religiosos y seculares de la comunidad. El Señor Jesucristo constituyó a los Doce como grupo de discípulos y no envió a individuos aislados (Mc 3, 14), les exhorta a estar unidos a su persona (Jn 15, 1-5); les invita a la unidad entre ellos (Jn 17, 11-21). San Pablo en las cartas que envía a las diversas comunidades nos permite observar cómo va constituyendo ministros y servidores, los cuales con sus diversos carismas van edificando el cuerpo de Cristo (1Cor 12-14; Rm 12, 4-8).

Otros rasgos del pastor los podemos observar en el episodio de los discípulos de Emaús (Lc 24, 13-35). El Señor acompaña en el camino, escucha a los desconcertados discípulos, se hace cercano a ellos para poder explicarles la Palabra, de allí los invita a la mesa para partir el pan... Este texto trasluce cómo el Señor explica las Escrituras con mucho respeto por la persona y su situación particular, haciéndose cercano al que peregrina, expone la Palabra de Dios y su interpretación sin violencia ni imposiciones, pero con claridad y firmeza. El texto concluye con una clara alusión eucarística que hace que los discípulos retornen a la comunidad. Todos estos aspectos invitan al presbítero, moldeado

99. Cf. A. VANHOYE, *Acojamos a Cristo, nuestro Sumo Sacerdote. Ejercicios espirituales con Benedicto XVI*, Madrid 2010, 184-190.

por la Palabra de Dios a asumir los modos de Jesús, es con respeto a la persona, con cercanía y escucha atenta, con el anuncio de la Palabra y la celebración eucarística, con la vida en la comunidad, como el Señor invita a la comunión; así también los sacerdotes deben seguir estos pasos para ejercer el ministerio presbiteral.

Estas breves alusiones sobre el estilo del ministerio de Jesús y de los apóstoles son sólo una muestra de la repetida insistencia del Nuevo Testamento de presentar el modelo para el método de la evangelización y del anuncio de la Palabra. Para los sacerdotes el Evangelio continúa siendo la norma, no sólo del contenido, sino también de la forma de actuar.

En este recorrido por el sacerdocio que hemos expuesto, guiados por el magisterio de Benedicto XVI en la exhortación apostólica *Verbum Domini*, hemos intentado presentar cómo la Palabra de Dios es un elemento esencial para forjar la mente, el corazón y la acción del sacerdote para que sea ministro auténtico de Cristo y de la Iglesia. Concluamos con las palabras del Papa:

Hagamos silencio para escuchar la Palabra de Dios y meditarla, para que ella, por la acción eficaz del Espíritu Santo, siga morando, viviendo y hablándonos a lo largo de todos los días de nuestra vida. De este modo, la Iglesia se renueva y rejuvenece siempre gracias a la Palabra del Señor que permanece eternamente (cf. 1 Pe 1, 25; Is 40, 8)¹⁰⁰.

100. BENEDICTO XVI, *Verbum Domini*, 124.